

Palabras del P. José Juan Del Col, sdb, en la Colación de Grado del 4 de setiembre de 2010.

Este año por tercera vez se lleva a cabo en esta Aula Magna una Colación de Grado. La primera, el 12 de junio, fue para noveles Psicopedagogos y Profesores en Psicología; la segunda, el sábado pasado (28 de agosto), para noveles Licenciados en Calidad de la Gestión de la Educación, en Psicología y en Psicopedagogía; hoy es para ustedes, noveles Profesores de EGB1 y 2, de Filosofía, de Inglés y de Matemática. Esta vez a los Profesores en Psicología de la primera Colación de Grado se suman Profesores de otras cuatro especialidades.

Siempre se trata de flamantes profesionales en áreas de singular importancia, como son la salud y la educación. La importancia de los Profesores en los niveles básico y del polimodal (o secundario), fue siempre grande, pero hoy es más grande todavía, ya que nos encontramos en una verdadera “emergencia educativa” que plantea serios desafíos educativos. Esto se debe, en opinión de algunos, no solo a cambios en la época actual, sino a un cambio de época. Época, la nueva, caracterizada por cambios profundos y a la vez sin solución de continuidad. Lo cual requiere en los agentes de la educación, un espíritu abierto y dúctil, pero equilibrado, para amoldarse a lo nuevo sin desechar de plano lo antiguo, por ser antiguo, o sea, sin desechar los valores perennes, valederos hoy como ayer y como lo serán mañana y siempre.

Hoy son múltiples los desafíos que debe arrostrar y exigentes los compromisos que debe asumir el docente-educador para cumplir decorosamente su cometido trascendental.

El Instituto (tanto directivos, como docentes, personal administrativo y de conserjería) se alegra con ustedes, noveles profesores, y juntamente con sus padres, familiares y amistades, los felicita efusivamente por la meta alcanzada, del título de Profesores, y a la vez les desea que en su profesión se desempeñen muy dignamente.

Egresan ustedes de un Instituto Superior de formación docente y de formación técnica, que pertenece a la Obra de Don Bosco y que por lo tanto se inspira en un humanismo personalista específicamente cristiano según el método educativo de Don Bosco, el santo educador del siglo diecinueve, a quien el papa Pío XI no vaciló en definir “educator princeps”, es decir, “el que ocupa el primer lugar entre los educadores”.

Me place ahora desearles que en el ejercicio de su profesión se amolden lo más posible a su método, del cual voy a poner de relieve unos rasgos principales.

Ante todo, se lo llama “preventivo”, pero no hay que tomar el término en su acepción lingüística estricta, sino en las características del arte de educar de Don Bosco. Se trata, sí, de prevenir la aparición de experiencias negativas, que podrían obligar luego a largos y penosos esfuerzos de recuperación. Pero en la palabra “preventivo” se significan también opciones y criterios, tales como: educar en positivo; hacer que los jóvenes crezcan espiritualmente apoyándose en su propia libertad; ganar su corazón, de manera que caminen con alegría y satisfacción hacia el bien.

Los pilares sobre los que se funda el sistema “preventivo” son razón, religión y amor.

La “razón”, don de Dios, implica la comprensión, el diálogo y la paciencia inalterable; e impulsa al educador moderno a leer con atención los signos de los tiempos para percibir los valores emergentes que atraen a los jóvenes, cuales son la paz, la libertad, la justicia, la comunión y participación, la promoción de la mujer, el desarrollo, la ecología.

El segundo término, “religión”, indica que el objetivo último de la educación es formar al “buen cristiano” que, como tal, es también “honesto ciudadano”; es decir, ciudadano que pone en el centro de su vida el ideal del hombre nuevo proclamado por Jesucristo.

El tercer término, “amor”, se traduce en dedicación del educador como persona totalmente entregada al bien de sus educandos.

De esto nos dejó Don Bosco un ejemplo espléndido. Llegó a decir a sus muchachos: “Me basta que sean jóvenes, para que los ame con toda mi alma”; y también: “Yo por ustedes estudio, por ustedes trabajo, por ustedes vivo, por ustedes estoy dispuesto a dar mi vida”.

Es clásica esta frase de Don Bosco: “La educación es cosa de corazón”, o sea, de amor. De un amor que se ofrece y se muestra. Lo importante -dijo también el santo educador- es “no solo querer a los jóvenes, sino que se den cuenta de que son amados”.

En la perspectiva de este amor, el educador participa en la vida de los jóvenes, se interesa por sus problemas, procura entender cómo ven ellos las cosas,

toma parte en sus actividades deportivas y culturales, en sus conversaciones; y ofrece caminos y metas de bien.

Florece así la “familiaridad” y el “espíritu de familia”. En tal clima, las relaciones entre educadores y educandos se viven serenamente, en confianza recíproca y en alegría.

Acabo de puntualizar rasgos fundamentales de la pedagogía de Don Bosco. ¿Para qué?, podría preguntar alguien. Es para desearles, noveles Profesores, noveles docentes-educadores, que en ustedes mismos y en sus destinatarios se den las virtualidades y los frutos del sistema “preventivo”, cuyos valores que acabo de señalar, permanecen en cualquier contexto sociocultural y por lo tanto también en el de ahora.

En lo específico de la docencia, les deseo que sepan afirmarse por su competencia, por su creatividad, por su formación académica permanente, y sobre todo por su comprensión y calidez humana, privilegiando a los menos talentosos y a los que, por una u otra razón, requieren cuidados especiales. Es una manera de practicar efectivamente la antidiscriminación, tan ensalzada hoy en día y a la vez tan violada.

Noveles Profesores, el Instituto cifra en ustedes las mejores expectativas para el bien de nuestros jóvenes, de la escuela y en general de nuestra sociedad, que tanto dejan que desear, como salta a la vista.

Sobre ustedes, para que lo que les he propuesto y deseado se concrete en la mayor medida posible, invoco la intercesión de la Virgen de Don Bosco, María Auxiliadora.